

DON ELÍAS SERRA RÁFOLS Y LA ÉPOCA HEROICA DE LA ARQUEOLOGÍA CANARIA

Por *Luis DIEGO CUSCOY*

Durante muchos años intercambié con el profesor Serra Ráfols observaciones y experiencias arqueológicas. Durante muchos años me beneficié de su saber, de aquel sólido saber que trataba de ocultar de un modo pudoroso más que tímido. Durante muchos años aprendimos el uno del otro en una recíproca relación docente-discente cuyo signo más significativo era la generosidad: don Elías recibía puntualmente el dato nuevo, la información fresca, la noticia del más reciente descubrimiento, pero yo obtenía a cambio, con sus observaciones y consejos, indicaciones para que el trabajo siguiera buen rumbo o críticas siempre atendibles y valiosas.

Aquella fue una época llena de vacilaciones, de incertidumbres y de trabajo nada fácil ni cómodo. Quien contemple hoy el panorama arqueológico canario, con todos sus fallos, con todas sus lagunas, incluso, si se quiere, con todos sus errores, no podrá comprender, o le será muy difícil hacerlo, qué pasaba en esta parcela de la investigación hace treinta años.

Hace treinta años, por señalar una fecha de partida, por lo demás bastante exacta, la arqueología, así, a secas, estaba ahí, al alcance de cualquiera, sin que nadie se decidiera a tomarla. Del pasado prehistórico o prehispánico de las Islas se sabía poco

más o menos que lo que ya era saber corriente en el siglo XVIII. Es de la gran síntesis de Viera y Clavijo de donde se nutren sus epígonos, con lo cual la corriente neoclásica penetra profundamente en el romanticismo, que toma para sí la tarea de elaborar bellos mitos. El siglo XIX se salva gracias a las aportaciones de Berthelot y de Chil y Naranjo, en los que se encuentran brillantes anticipaciones de antropología cultural. En el primer tercio del siglo XX irrumpe Wölfel en el espacio canario, pero sus teorías culturológicas presentan notadas fisuras como para aceptarlas de un modo absoluto.

Así y todo, es en el siglo XIX cuando, no con tanta timidez como se pueda sospechar, se señalan determinadas áreas africanas y mediterráneas como centros de difusión o dispersión de la cultura —de variadas facies— que aborda las Islas. Alguna ciencia que sobre este tema se ha hecho en las Islas en nuestros días se ha inspirado, y en cierto modo basado, en estudios del siglo XIX, sobre todo en Berthelot, todavía hoy fuente aprovechable.

Hace treinta años, los conocimientos arqueológicos canarios estaban detenidos, poco más o menos, en 1840, es decir, tenían un siglo de retraso. Y lo más alarmante es que nadie se decidía a ordenar aquel caos y a iniciar la tarea de poner al día aquel vetusto panorama. La tarea significaba, ni más ni menos, que ganar un siglo contra reloj, por usar un símil deportivo.

Este mismo panorama, si saltamos de lo puramente conceptual y teórico a la realidad de los materiales, era quizás más desolador. Muchos cráneos y algunas momias para los antropólogos físicos y sólo cuevas sepulcrales por toda información de yacimientos arqueológicos. Con referencia al material de estudio, un solo ejemplo basta: en 1940 en las colecciones accesibles de Tenerife, el número de vasos cerámicos no llegaba a cincuenta. Hoy pasa de doscientos cincuenta. En resumen: no había tradición arqueológica ni punto de apoyo, tanto en el campo como en la bibliografía, sobre que asegurar la tarea.

Por aquellas fechas, el único hombre capaz de iniciar el trabajo, con formación universitaria, salido, además, de la escuela arqueológica barcelonesa, con conocimiento de técnicas y al día

en el terreno teórico, era el profesor Serra. Sin embargo, limitaciones de tipo físico le impidieron realizar en las Islas, de tan dura geografía, el necesario trabajo de campo. De haberlo hecho, estoy seguro que la arqueología canaria presentaría hoy un aspecto más sólido y coherente. Podría afirmarse sin excesivo margen de error que lo que de aprovechable encontramos hoy en la arqueología canaria es al desaparecido maestro a quien se debe. Otros tuvieron a su cargo la penosa, pero no menos noble, labor de acarreo. Mas, con tal maestro, el trabajo se hacía con ansia y con gusto.

Fue una etapa ciertamente heroica. No sólo se partió de cero, sino que se trabajó con una carencia absoluta de medios instrumentales y económicos. A pesar de ello las cosas no se hicieron de un modo tan ciego e irreflexivo como a primera vista pudiera parecer, cosa que tampoco podía ocurrir bajo la cuidadosa mirada del profesor. Por lo menos el orden y el método seguidos, a pesar de los titubeos y carencias de todo tipo, han dado sus frutos, unos en agraz, como no puede ser por menos, pero otros en buena sazón.

La trayectoria seguida puede quedar resumida en las siguientes etapas:

Base heurística indispensable y comprobación arqueológica de los datos facilitados por la documentación histórica.

Tipología y función de los distintos yacimientos incorporados al conjunto ergológico.

Distribución geográfica de los mismos.

Problemas de ecología humana previa valoración del relieve, la capa vegetal y las zonas climáticas.

Consecuente determinación de las áreas habitadas y de las de sustento.

Análisis, identificación y clasificación de materiales.

Problemas de orígenes, cronología, relaciones y paralelismos.

Esta orientación en el trabajo era una novedad hace treinta años, y sobre bases semejantes, sin sustanciales alteraciones, se sigue trabajando hoy, y en muchos casos sólo con cambios en la terminología. Todo esto fue posible gracias al profesor Serra Ràfols. En el modo con que enfocaba la investigación prehistórica

y arqueológica se descubría pronto que no era un técnico al modo como hoy lo entendemos, sino un humanista. Para él no existió nunca un tema a secas, sino un tema con temas adyacentes. Esos pequeños y sólidos bloques que nos ha dejado escritos lo ponen de manifiesto. No hizo obra de conjunto, pero su legado es importante.

Era consciente que, en medio de tanta penuria de materiales, lo fundamental era disponer de ellos. Y de ahí el valor que tenía el trabajo de acarreo: un día fue la cerámica decorada, otro día las cuentas de collar, otro las industrias del hueso. Llegó un momento en que se pudo hablar de tipología cerámica, y no se hicieron esperar los primeros, necesariamente tímidos, intentos para fijar determinados paralelismos. Y, sin embargo, sus coloquios en la intimidad eran más fértiles que sus mismos trabajos. Es decir, nunca declinaba en don Elías su vocación profesoral, que afloraba en todo momento, sin que él se lo propusiera y sin que se le notara.

Como científico de la investigación al profesor Serra le interesaban el dato, el material, el documento, pero a condición de que fuesen significativos. Sin embargo, nunca cayó en la beatería del milímetro. Estaba convencido de que metro de más o de menos en el ancho o en el alto de una cueva ni quitaba ni añadía nada al tema objeto de estudio. Lo importante era tratar de entender, de interpretar lo que había ocurrido en el interior de aquella cueva. Si era funeraria, qué aclaraciones o qué aportaciones podían hacerse para un mejor conocimiento de los ritos funerarios. Si era de habitación, qué formas de vida podían deducirse de las huellas allí dejadas.

Fue una etapa ciertamente larga y yo diría que forzosamente silenciosa. Toda ella está llena de la preocupación por acumular datos. Gran parte de este copioso aporte está aún inédito. Al mismo tiempo había como un designio palingenésico, un ansia por devolver, renacido, el mundo animado por unos seres no suficientemente conocidos, portadores, guardadores o recreadores de una cultura tampoco conocida en su cabal dimensión.

Por ello mismo se trabajaba en varias direcciones y se hacía del modo menos enfático y ostentoso. Al mismo tiempo que se

investigaba con apoyo en la etnobiología, se aplicaban técnicas usuales en la indagación de la antropología cultural y en cierto modo quedaron perfiladas estructuras muy significativas cuando todavía el estructuralismo no había invadido este particular espacio del pasado canario, inserto en el vasto campo de la paleontología. Naturalmente, todavía no se llamaban elementos estructurales ni, para asombro de neófitos, se exponían en forma de organigrama. Don Elías sabía más de lo que muchos creían, pero nunca se preocupó de que lo creyeran o dejaran de creerlo.

En arqueología yo aprendí del profesor Serra el estar más allá de la arqueología y en no considerarla como un fin en sí misma. Quizás esto le dé a la arqueología canaria un matiz que la distingue de cómo esta investigación suele llevarse en otros ámbitos. En el fondo es una cuestión de método, pero don Elías había sabido elegir el mejor para trabajar en las Islas. De él se podría decir lo que recientemente ha dicho José María Alfaro de Antonio Tovar, cambiando filología por arqueología: que en don Elías la arqueología, como cualquier otra actividad, nunca fue simple erudición, sino andamiaje de apoyo para poner en pie algo viviente, sustraído a lo arqueológico y a lo reconstruido.

Vista hoy con buena perspectiva aquella etapa alboreante, si no se es miope se descubre sin esfuerzo la otra cara del método basado en un principio lógico: trabajar desde dentro, conocer bien lo que está dentro, a lo que iba dirigida la labor de recopilación y acopio de bibliografía y materiales. Sólo después de esta etapa era posible plantearse el problema de orígenes, relaciones y paralelismos. La primera parte se cubrió me parece que de un modo bastante satisfactorio. La segunda no se pudo cubrir a satisfacción por falta material de tiempo. El trabajo estaba bien encaminado cuando le sorprendió la muerte, cuando su muerte nos dejó a todos en cierto desamparo.

Don Elías, dotado de una clara inteligencia, agudo y directo, sabía lo peligroso que era dogmatizar, y que era más constructivo plantear problemas, exponer cuestiones que ofrecer conclusiones provisionales. La arqueología no es una ciencia exacta, y nada hay que envejezca tan pronto como una conclusión arqueológica, más todavía si es provisional. A lo largo de treinta años he tenido

ocasión, bastantes ocasiones, de ver equivocarse, a veces estre-pitosamente, a sabios arqueólogos empujados hasta la Isla por el viento de la ciencia. Nunca vi que don Elías cometiera ningún error.

Dejo para otros la tarea de ordenar su bibliografía, en la que, naturalmente, irá incluida la arqueológica. Pero yo recomendaría al estudioso que se detuviese en las recensiones hechas para "Revista de Historia Canaria". Allí, el aparato crítico no sólo tiene una función esclarecedora, sino que descubre la solidez del método de trabajo al tiempo que reduce el tema a sus justas dimensiones. Siempre se traslucía su formación de humanista.

Casi al final de la larga, lenta y penosa andadura, muchas de cuyas etapas hicimos juntos, yo quiero dejar constancia, en este momento y lugar, de algo importante que no debiéramos echar en olvido: si hoy se puede hablar de arqueología canaria, a don Elías se debe. Durante treinta años la sostuvo con su inspiración y su aliento. Lo bueno que pueda decirse, a él le corresponde. Lo malo, a los que marcharon a su lado, entre los cuales quiero contarme. Mereció mejor suerte en esto de la compañía. Ahora es tarde para lamentarse. El maestro ha muerto y a los que le admiramos y quisimos nos toca llorarlo.